

“Lepanto: *La más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos*”, *Ejército* 775  
(2005) 18 – 25, ISSN 1696-7178

## **“LA MÁS MEMORABLE Y ALTA OCASIÓN QUE VIERON LOS PASADOS SIGLOS”**

Francisco Javier Gómez Díez

Durante las primeras décadas de su reinado, y con independencia de la posterior evolución de su política, la máxima preocupación de Felipe II se sitúa en el Mediterráneo<sup>1</sup>, donde ningún gobernante español podía desentenderse de la amenaza otomana. Incapaces de ocupar todo el Mediterráneo y de hostigar directamente a España, los turcos encontraban, para hacerlo, la asistencia berberisca, la francesa y, al menos en principio, la de los moriscos granadinos. La mayor amenaza se fundaba en las pequeñas pero numerosas flotas de piratas norteafricanos, sobre todo a partir de 1516, cuando piratas de origen turco se adueñaron de Argel y dieron refugio a gran número de moriscos. El fracaso de Djerba, en 1560, mostró la supremacía naval otomana: Malta, en peligro, se daba por perdida y, en 1561, una flota turca fue avistada cerca de Mallorca. Entonces Felipe II puso en marcha un amplio plan de reformas: reforzó las fortalezas costeras y multiplicó la labor de los astilleros. Logró obtener una fuerza permanente casi cuatro veces superior a la existente durante el reinado de su padre. Las galeras de España pasaron, entre 1865 y 1878, de 14 a 37, las de Nápoles, de 6 a 54 y las de Sicilia, de 4 a 22. Comenzaba a invertirse una situación que, con Carlos V, había sido manifiestamente favorable al turco. Además, la vasta máquina militar otomana, con unas reservas de dinero y hombres aparentemente inagotables (aproximadamente la mitad de los habitantes del mundo mediterráneo eran, por entonces, súbditos de La Puerta), tenía sus debilidades. No era la menor el hecho de que la guerra naval, como la terrestre, se sufragase a si misma por medio del pillaje sistemático y la captura de botines, haciendo indispensables las conquistas continuas para mantener la coherencia y el ímpetu bélico. Además, Felipe II —aunque también tenía compromisos en otros lugares— contaba con la necesidad otomana de atender a su frontera asiática y con el hecho de que la Europa occidental se estaba colocando técnicamente por delante de cualquiera de sus rivales.

El 18 de mayo de 1565, cuando la inferioridad española era aún manifiesta, sucedió lo que se había esperado durante años: una inmensa flota turca atacó Malta. Su caída abriría el camino hacia Sicilia

---

<sup>1</sup> Junto a la imprescindible obra de F. Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en época de Felipe II*, México, 1987, merecen destacarse las obras de J. H. Elliott, *Europa en la época de Felipe II*, Barcelona, 2001, H. Kamen, *Felipe de España*, Madrid, 1997, R. Mackenney, *La Europa del siglo XVI: expansión y conflicto*, Madrid, 1996, L. Serrano, *España en Lepanto*, El Escorial, 1986, y las recientes monografía de A. R. Rodríguez González, *Lepanto, la batalla que salvó a Europa*, Madrid, 2004, y H. Bicheno, *La batalla de Lepanto*, Barcelona, 2005.

e Italia, fortalecería los lazos entre piratas berberiscos y turcos y el Mediterráneo occidental quedaría indefenso. La Orden de San Juan había acumulado trigo y vituallas, municiones y armas, pero no sabía con quién podría contar: mientras Maximiliano II tenía demasiados problemas en su frontera Este y, por unas u otras razones, no cabía esperar nada de Inglaterra, Francia, Génova o Venecia, el Papa, Pío IV, sólo pudo enviar dinero. 25.000 turcos desembarcaron en una isla defendida por 541 caballeros, tres o cuatro mil malteses y un número aproximado de soldados enviados por el Virrey de Sicilia. Iban a protagonizar una de las mayores hazañas militares del siglo, defendiéndose con heroísmo hasta la llegada, en septiembre, de la ayuda española. Aunque la burocracia filipina y la prudencia asociada a la necesidad de salvar Malta sin perder la flota, hizo muy difícil llegar antes, la retirada turca manifestó, de forma indiscutible, según Braudel, que había sido la flota española, único obstáculo efectivo frente al avance otomano, la salvadora de Malta y el Mediterráneo central. Aun así, Felipe II no proyectaba una política de agresión, expansión o cruzada. No tenía la mira puesta en el dominio del mar interior y estaba muy lejos del aventurerismo de su hermano. Limitó su horizonte a un papel defensivo y buscó incesantemente la paz, sabedor de que España no tenía medios para financiar la guerra. Otras naciones, a la vista de la vasta extensión de sus dominios, preferían no creerle.

Fortalecida España, la confluencia de varios factores permitió firmar la Santa Liga. El más importante fue, quizás, la elección de Pío V. Todos sus contemporáneos coincidieron con el juicio de Granvella, para el cual la Iglesia no había tenido durante tres siglos un pontífice de personalidad tan extraordinaria. Elegido en 1566, procedía, dice Braudel, “de una cuna muy humilde. De niño, había guardado rebaños. Es uno de esos innumerables hijos de pobres en quienes la Iglesia encuentra a menudo, en el siglo de la Contra-Reforma, a sus más apasionados servidores. A medida que transcurre el siglo, son ellos, los pobres, quienes dan el tono y la pauta a la iglesia. ... Pío V era cabalmente uno de éstos ...; no un cardenal *principesco*, ni un amigo y conecedor del mundo, dispuesto a los compromisos sin los que *el mundo* no existiría, sin los cuales no habría política posible. Tiene el fervor, la convicción, la aspereza y la intransigencia de los pobres y, a veces, su extrema dureza y su dificultad para perdonar”. Acarició la visión de una gran Cruzada y, en la medida en que llegó a realizarse, fue obra suya, más que de nadie. De todas formas, durante los primeros años sólo obtuvo respuestas evasivas de España, preocupada por los Países Bajos, la crisis sucesoria asociada a la locura y muerte de don Carlos y el levantamiento de los moriscos granadinos; y de Venecia, interesada en no comprometer sus relaciones con los turcos, de las que dependía su prosperidad comercial.

La situación comenzaría a invertirse con el levantamiento morisco. Aunque, al no poder acudir en su ayuda, el Imperio otomano perdió una clara oportunidad de asestar un decisivo golpe sobre España, miró con simpatía la lucha de sus hermanos contra la dominación cristiana, y cuatro mil turcos y bereberes lucharon con los rebeldes en la primavera de 1570. Los españoles dieron entonces crédito a las advertencias del Papa. Lo mismo sucedería pronto a los venecianos.

Si la guerra en Granada era impensable para el turco, aprovechando ésta, presionó sobre Venecia, exigiéndola, a comienzos de febrero de 1570, la inmediata cesión de Chipre. Los venecianos habían buscado mantener la paz por medio de una habilidosa diplomacia y el apoyo de los tradicionales aliados del sultán: los franceses. Las guerras civiles en Francia y la consecuente disminución de su influencia los dejaron expuestos. Era la ocasión esperada por el Papa, que no pidió a Felipe II que socorriera Chipre como había socorrido Malta, sino una alianza en toda regla argumentando con los intereses defensivos de la monarquía hispánica y autorizando a ésta la venta de las *bulas de cruzada*, que suponían unos 400.000 ducados al año; ya antes le había hecho otras concesiones económicas. De este modo, en mayo de 1571 la *Santa Liga* pudo al fin firmarse. Los aliados se comprometían a constituir —haciendo uso principalmente de rentas eclesiásticas— una armada de 200 galeras y 100 naves redondas, con 50.000 soldados. La alianza estaba dirigida contra los turcos y el teatro de operaciones era el Levante: se contemplaba la posibilidad de una conquista de los Dardanelos y, si fuera posible, la de los Santos Lugares. España debía contribuir con la mitad de los fondos, los venecianos con un tercio y el Papa, con un sexto. Don Juan de Austria fue designado comandante en jefe. Aunque, en teoría, se trató de una confederación perpetua, el acuerdo militar se limitó a tres años y no cabía esperar una duración mayor: la concesión española para que los mercaderes venecianos pudieran abastecerse en granos de Sicilia y sustituir así sus habituales compras de trigo turco, no resolvía la imperiosa necesidad veneciana de mantener abiertas sus rutas comerciales con Turquía.

### ***“Nosotros mismos nos fabricamos nuestra ventura”***

El pilar de las flotas que iban a reunir tanto cristianos como musulmanes era la galera, un buque que, remontando su existencia a la Antigüedad, había sido recuperada en el siglo XIII por los venecianos para sustituir a las pesadas y lentas naves *redondas*. De casco estrecho y bajo, se construían con uno o dos palos de velas latinas y unos 25 remos por banda, que proporcionaban una movilidad esencial en combate y durante encalmadas o entrada a puerto. Las galeras navegaban normalmente a vela, la resistencia física de los remeros no permitía otra cosa. Aunque, en comparación con otros barcos, era desproporcionadamente larga, para incluir muchas bancas, y estrecha, para reducir la resistencia del mar, gracias a su gran timón de codaste a popa y a la posibilidad de ayudarse en los giros y evoluciones con los remos, hacía de la galera uno de los buques más maniobrables de la historia de la navegación. La utilización del remo, que es más eficaz cuanto más bajo está en relación con la superficie del mar, hacía imprescindible que el casco del buque fuera muy bajo. En consecuencia se trataba de un buque adecuado al Mediterráneo, muy rápido y maniobrero, pero poco apto para navegaciones prolongadas y muy sensible al temporal, por eso, sólo navegaba entre la primavera y el otoño.

En la galera embarcaban la chusma, o gente de remo, la gente de mar y la gente de guerra. En el siglos XVI esta última está constituida por guarniciones de infantería. En cuanto a la gente de mar es

necesario distinguir entre la oficialidad, los artilleros y la marinería, ejecutora de la maniobra en los buques. Los oficiales, con un saber específico, agrupan los mandos de naturaleza teórica: capitán, cabo bombardero, condestable, cómitre y sotacómitre, maestro y piloto. La *chusma* —unos 250 galeotes de media— estaba formada básicamente por presidiarios o esclavos turcos. Los voluntarios o *buenas boyas* eran los muy escasos galeotes que, una vez cumplida su condena e incapaces de encontrar otro trabajo, volvían a la boga. El *cómitre* y sus alguaciles recorrían continuamente la crujía, encargados de marcar el ritmo de boga con tambores, trompetas y, de ser necesarios, látigos a los galeotes. A ambos lados de la crujía estaban los *talares*, cubiertas postizas de 3 a 4 metros de ancho que sobresalían dos metros por cada costado y sobre los que iban situados los bancos de los remeros. Los talares tenían una fuerte inclinación hacia fuera para favorecer la salida del agua embarcada por golpes de mar y por la lluvia y también los residuos de los galeotes. Allí se instalaban algunas piezas ligeras de artillería para defender la línea de remos. Los extremos de los talares quedaban a un metro de la flotación y sobre ellos se apoyaban los remos, que medían unos 12 metros de largo sobresaliendo unos 8 metros del buque. Un remo, construido con dos o tres piezas de madera de haya, pesaba unos 150 kilos y requería al menos cinco hombres para ser manejado.

A popa se encontraba el lugar reservado al jefe de a bordo: la *carroza* y, detrás de ésta, situados en una plataforma, trabajaban los timoneles. A proa, a un metro sobre la línea de flotación, se instalaba un arma exclusiva de la galera: el espolón, una robusta pieza de madera y de hierro que sobresalía 3 o 4 metros, con la que se embestía al contrario. A su espalda se encontraba el castillo de proa: la *tamboreta*, una pequeña cubierta para maniobra de anclas y de garfios de abordaje; la *corulla*, donde se situaban cañones y la *arrumbada*, desde donde la infantería saltaba al abordaje.

En combate, era vital mantener la línea firme y sin huecos para evitar que fuera atravesada o bordeada por el enemigo, que buscaba atacar el costado o, con mucha suerte o pericia, la popa, la zona más desprotegida y donde se encontraba el mando. Los cañones estaban instalados sobre cureñas fijas, alineadas con el eje del buque, por lo que la puntería se hacía maniobrando el buque y, dada la dificultad de la recarga una vez que se habían embestido los buques y pasado al combate cuerpo a cuerpo, convenía retrasar al máximo la descarga artillera, que no buscaba dañar al buque enemigo sino provocar el mayor número de bajas. Efectuada la descarga, con el máximo de fuerza que daban los remos, se embestía al contrario con el espolón y los soldados pasaban al abordaje, donde en último término se resolvía el ataque.

Para aumentar la capacidad artillera de las galeras, los venecianos idearon las *galeazas*, grandes galeras de hasta 1.500 toneladas, con un aparejo de velas cuadras y latinas y hasta cincuenta piezas de artillería. En teoría era una idea excelente, pero la técnica de la época nunca resolvió satisfactoriamente el problema de combinar remos y cañones en los costados de una misma embarcación, sobre todo si era de gran tonelaje. El problema radicaba en que los remos, para poder operar con el mayor rendimiento, debían

estar lo más bajo posible, cerca de la línea de flotación del buque, y lo mismo sucedía con los cañones de gran calibre, que por su cuyo peso y retroceso amenazaban la estabilidad del buque. Los venecianos situaron los cañones en la cubierta baja y los remos más arriba. Con ello resultaron unos buques formidables y muy bien artillados para la época, de altas bordas inaccesibles para las galeras turcas, pero que apenas podían moverse a remo y carecían de maniobrabilidad. De hecho, las que participaron en Lepanto llegaron a la zona remolcadas por galeras.

***“y así no os quiero decir más, pues no lo permite el tiempo”***

En el momento de la batalla el contingente cristiano era similar al turco, pero peligrosamente heterogéneo: iban al servicio de España unos 20.000 hombres, casi ocho mil españoles y, los demás, en su mayoría, alemanes, sicilianos y napolitanos; la República de Venecia reclutó unos 8.000 y el Papa unos 2.000. Entre julio y septiembre se reunieron en Mesina. Cuando llegó don Juan, la moral de los aliados era bastante baja y las galeras concentradas distaban mucho de encontrarse en perfecto estado. Mientras las españolas y napolitanas causaron una gran impresión, muchas de las venecianas tenían el casco dañado y sus dotaciones, como lamentó Requesens, eran escasas e indisciplinadas. Don Juan de Austria, en coincidencia con su subordinado, escribe a García de Toledo: “no están tan en orden cuanto yo quisiera y fuera necesario al servicio de Dios y beneficio común de la Cristiandad”. Ayudado por el Papa, que había manifestado, con su tan característica rigidez, una aguda desilusión ante las deficiencias de la flota veneciana, dispuso don Juan que soldados al servicio de España reforzaran las dotaciones venecianas para compensar los desequilibrios. Pese a la oposición y a las graves tensiones que pronto se manifestaron, se había logrado superar la heterogeneidad de la flota, que todas las galeras pasasen a ser idénticas entre sí, intercambiables e igualadas en fuerza de combate.

Los cristianos casi doblaban el número de bocas de fuego otomanas, algo decisivo en la fase de aproximación. Pero estando el resultado final en manos de la infantería, nada permitía a priori asegurar el triunfo: la temible infantería jenízara iba a encontrarse con los tercios, el fruto más acabado del primer ejército moderno de Europa, que había comenzado a forjarse en la Guerra de Granada bajo el impulso reformista de los Reyes Católicos.

Aunque la estación de campañas estaba avanzada y los turcos gozaban de una nada despreciable ventaja numérica que recomendaba evitar el encuentro, don Juan, aprovechando que el rey no había dado instrucciones terminantes, tomó el partido de la ofensiva. Para la navegación dispuso que la armada se organizara en un grupo de exploración y cuatro escuadras. La escuadra de descubierta, con tres galeras españolas y cuatro venecianas, navegaría ocho millas por delante de la flota. La primera escuadra, mandada por Juan Andrea Doria y formada por 53 galeras, combatiría en el ala derecha. La segunda, el *cuerno de batalla*, la formaban 64 galeras al mando de don Juan de Austria. La tercera, a la izquierda, quedaría al mando de Agostino Barbarigo con 53 galeras. La de retaguardia, con 30 galeras al mando de

don Álvaro de Bazán, navegaba detrás de la flota para recoger las naves retrasadas y, durante el combate, acudir en ayuda de los sectores más necesitados. Las seis galeazas venecianas al mando de Francesco Duodo, irían por parejas entre las escuadras, repartiéndose las galeras el trabajo de remolcarlas. Una formación de 20 naves más lentas, cargadas con los mantenimientos, seguía a la orden de César de Ávalos. También sería ésta la formación de batalla, pasando las galeazas a primera línea.

La armada cristiana desplegada en formación de combate ocupaba más de seis kilómetros de largo. La turca desplegó tres escuadras al mando de *Mohamed Sirocco*, la derecha, de Alí Pachá, a bordo de *La Sultana*, la central y de Uluch Alí, la izquierda. Su flota de combate era superior a la cristiana, pero su escuadra de reserva, al mando de Murat Dragut, sólo contaba con 8 galeras.

A las siete y media de la mañana las vanguardias de ambas armadas se divisaron. Ya era demasiado tarde para que los otomanos pudieran forzar la salida del golfo. Había que presentar batalla. Don Juan arenga a sus tropas: “Gentiles hombres, ya no da el tiempo lugar ni es menester que yo ponga ánimo a vosotros porque veo que vosotros me lo dais a mí; pero sólo os quiero traer a la memoria el dichoso estado en que Dios y vuestras buenas suertes os han traído, pues en vuestras manos está puesta la religión cristiana y la honra de vuestros Reyes y de vuestras naciones, para que haciendo lo que debéis y lo que espero que será, la fe cristiana sea ensalzada, y vosotros, cuanto a vuestras honras, seáis los más acrecentados soldados que en nuestro tiempo ha habido; y cuando a las haciendas, los más gratificados y acrecentados de cuantos han peleado: y así no os quiero decir más, pues no lo permite el tiempo, sino que cada uno considere que en su brazo derecho tiene puesta la honra de su Dios y de su vicario, y de toda la religión cristiana, llevando certidumbre que el que muriere como varón va a gozar otro reino mayor y mejor que cuantos en la tierra quedan”.

Tras los desafíos de rigor, las escuadras invirtieron toda la mañana en desplegarse y aproximarse. Todos se disponían a la lucha y, con la ayuda de franciscanos, agustinos y jesuitas, a bien morir. Hacia las once el viento pasó a soplar de poniente, proa a los turcos, que obligados a impulsar sus naves a remo, se desordenaron y consumieron tiempo. Las galeazas pasaron una milla por delante de la armada cristiana y, cuando el enemigo se les puso a tiro, comenzaron el fuego. A los turcos sólo les cabía rebasar la línea de galeazas: asaltarlas era imposible debido a su altura y cualquier maniobra contra ellas, reorientando los cañones de las galeras, habría alterado la línea de ataque cuando el choque era inminente. La intervención de las galeazas fue breve pero efectiva: hundieron dos galeras, dañaron otras y desbarataron la formación turca. Luego, en la retaguardia turca, pasaron a ser espectadoras de la lucha.

Tras la embestida y el desembarco la batalla naval se transformó en un terrible choque de infantería, que no terminó hasta las cinco de la tarde. Don Juan de Austria condujo a sus hombres a la victoria garantizando la homogeneidad de su flota, acertando en la distribución de mandos e imponiendo una adecuada estrategia ofensiva. Ésta sorprendió a Alí Bajá, que desaprovechó la importante ventaja de la mayor movilidad y velocidad de sus galeras y se dejó encerrar en el golfo de Lepanto. Fue también

importante la superioridad artillera de la flota cristiana, manifestada en la acción de las galeazas y, multiplicada por la astuta decisión de serrar los espolones de las galeras cristianas. Anulando el arma más característica de estos barcos, se permitía a los cañones cristianos apuntar más bajo y barrer literalmente las cubiertas enemigas, mostrando, al confiar más en los cañones que en el clásico espolón, hasta que punto estaba cambiando el carácter del combate naval. Tampoco cabe olvidar el cansancio y el desgaste previos de los soldados y hombres de mar turcos, ni el inteligente uso por parte de Álvaro de Bazán de la reserva, que consolidó el triunfo del ala izquierda, auxilio al centro y ayudó a enmendar el grave error de Doria en el ala derecha. Con todo, no se trató de una victoria de tácticas y maniobras: tras la colisión frontal la lucha fue cuerpo a cuerpo.

*“lo quise dejar todo y venirme, como me vine, a Italia”*

Cervantes se había alistado como soldado en la compañía del capitán don Diego de Urbina, del Tercio de don Miguel de Moncada, y en agosto de 1571, con los doscientos hombres de Urbina, se unió en Nápoles a la armada de la Santa Liga. No era un recluta atípico: ciudadano, no campesino; probablemente tenía 22 años en el momento en el que se alistó; no debía ser hidalgo y su salida de España no deja de ser oscura. Sobre las razones que le llevaron a unirse a la armada, se limita a señalar —por boca del cautivo quijotesco—, que cuando “... se tuvo nuevas de la liga que la Santidad del Papa Pío Quinto, de felice recordación, había hecho con Venecia y con España, contra el enemigo común, que es el Turco ... lo quise dejar todo y venirme, como me vine, a Italia ...”. Aparte de verdadera veneración por don Juan de Austria, siempre se sintió orgulloso de su condición de soldado, convencido de “que es escuela la soldadesca donde el mezquino se hace franco, y el franco, pródigo; y si algunos soldados se hallan miserables, son como monstruos que se ven raras veces”. El 7 de octubre, yacía en la enfermería de *La Marquesa*, aquejado de altísima fiebre. Con todo, sobreponiéndose a sus males, solicitó a su capitán participar en el combate. Lo hizo, al mando de 12 soldados, en la popa, donde los abordajes eran más peligrosos. Los jenízaros asaltan la *Marquesa* y Cervantes, a pesar de su fiebre, se bate con heroísmo, recibiendo no menos de tres heridas.

Las heridas no fueron mortales, pero le mantuvieron hospitalizado en Mesina hasta marzo de 1572, asistido económicamente por don Juan de Austria. La mano izquierda le quedó inútil, como la más meritoria de las medallas: “Perdió en la batalla naval de Lepanto —recuerda en el prologo de sus *Novelas Ejemplares*— la mano izquierda de un arcabuzazo, herida que, aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros, militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Carlos Quinto, de feliz memoria”. En abril de 1572 se alistó de nuevo en la compañía de don Manuel Ponce de León, del Tercio de don Lope de Figueroa, hasta abandonar el ejército a finales de 1574. Un año después, en septiembre, con dos cartas de recomendación, firmadas por Juan de Austria y el virrey de Nápoles, en las



que se certificaba su valor, inicia el que debería haber sido el viaje de regreso a casa, y fue el origen de una nueva aventura, al caer cautivo del renegado albanés Arnaute Mamí.

*“y aquel día ... se desengañó el mundo”*

Por mucho que en torno a la década de 1580 la importancia del Mediterráneo fue definitivamente sustituida por la atlántica, en lo que acertadamente Braudel llama el giro al norte de la historia europea, la victoria de Lepanto no puede en modo alguno ser minusvalorada considerando los resultados militares posteriores, la necesidad que tuvo España de dirigir su atención a los Países Bajos o la prisa, tan criticada entonces, que se dieron los venecianos en buscar la paz. Su comercio estaba sufriendo en demasía y, como consecuencia, el 7 de marzo de 1573, Venecia firmó con el Sultán un tratado de paz en cierto modo humillante: renunciaba a Chipre y a los territorios que había perdido en Dalmacia, devolvía a los turcos sus conquistas en Albania y les pagaba una alta indemnización. Cervantes recuerda: “...el Gran turco, y, usando de la sagacidad que todos los de su casa tienen, hizo paz con venecianos, que mucho más que él la deseaban...”. Cuando se hizo recuento, el día 8, de la armada cristiana faltaban quince galeras, aunque hubo que desguazar otras treinta, entre ellas *La Real*, por los destrozos que habían sufrido. Se apresaron al enemigo 130 naves recuperables. Unos 15.000 cristianos resultaron heridos y la *Liga* había perdido unos 9.000 hombres, más del doble sufrieron los turcos. Además, mientras se rescataron unos 12.000 cautivos, otro tanto debieron ser los apresados.

Era la mayor victoria conseguida por las armas cristianas contra el Islam desde la toma de Granada. El mito de la invencibilidad turca se había basado en victorias, que más que ser disputadas en combates frontales, se habían obtenido por medio de la sorpresa o de audaces maniobras. Lepanto no fue sólo la primera gran victoria naval sobre los turcos; fue el primer auténtico encuentro entre ambas flotas y demostró que los turcos no eran invencibles y que los cristianos contaban con la moral suficiente y los recursos técnicos para contenerlos. La estrategia otomana paso a la defensiva y renunció a sus expediciones marítimas casi anuales contra el Adriático, Calabria, Sicilia y, en ocasiones, el Levante español. La agresividad de los corsarios de Túnez, Argel, Tetuán o Salé quedó también muy menguada. Además, la distancia entre ambos rivales no dejaría de crecer. La Puerta comenzaba su lenta decadencia. Sus grandes recursos podían poner a flote, y lo hicieron, una flota comparable a la perdida en Lepanto, pero falta siempre de suficientes remeros e inferiores en artillerías y en hombre de guerra a las cristianas. Por lo mismo, el Imperio otomano dejó en lo sucesivo de tener confianza en su poder naval, y centró toda su estrategia en las fuerzas terrestres, algo especialmente grave —y a la larga vinculado a su decadencia— porque hacía difícil seguir siendo una gran potencia en la era de la apertura de las rutas oceánicas y del comercio trasatlántico.

“Si en vez de fijarnos exclusivamente en lo que viene después de Lepanto, concluye Braudel, paramos la atención en lo que precede nos daremos cuenta de que esta victoria pone fin a un estado de

cosas lamentable, a un verdadero complejo de inferioridad por parte de la cristiandad y una primacía no menos verdadera por parte de los turcos”. En verdad tenía razón Cervantes: “...yo me hallé en aquella felicísima jornada ... Y aquel día, que fue para la cristiandad tan dichoso, porque en él se desengañó el mundo y todas las naciones del error en que estaban, creyendo que los turcos eran invencibles por la mar, en aquel día, digo, donde quedó el orgullo y soberbia otomana quebrantada ...”.